

NEW LEFT REVIEW 102

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO - FEBRERO 2017

ENTREVISTA

HAZEM KANDIL El Egipto de Sisi 7

ARTÍCULOS

ROB WALLACE Y
RODRICK WALLACE Las ecologías del Ébola 45

EFRÁÍN KRISTAL *Facundo* y la novela 59

ANTONIO GRAMSCI JR. Mi abuelo 69

LESZEK KOCZANOWICZ El caso polaco 79

FREDRIC JAMESON Badiou y la tradición francesa 100

CRÍTICA

FRANCIS MULHERN La idiosincrasia de Burke 120

KATE STEVENS Un ecoinconformista 133

ANDERS STEPHANSON La senda hacia el globalismo 143

NANCY HAWKER Lecciones para fisgones 155

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

ts
td traficantes de sueños

SUSCRÍBETE

Yonatan Mendel, *The Creation of Israeli Arabic: Political and Security Considerations in the Making of Arabic Language Studies in Israel*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2014, 329 pp.

NANCY HAWKER

CURSOS PARA FISGONES

Los idiomas se embrollan en muchas lenguas. El árabe, en su versión estándar moderno, es uno de los dos únicos idiomas no europeos con estatus oficial en las Naciones Unidas (el otro es el chino), y el idioma oficial de 27 estados y territorios a lo largo de África y Asia occidental, donde su registro formal se emplea junto con una amplia variedad de formas orales. En noviembre de 2015, otro tipo de árabe resonó en la Knesset israelí: unos tres minutos largos de amenazas y vituperios proferidos por Yinon Magal, un miembro electo del ultranacionalista Partido del Hogar Judío. Magal sirvió en la Unidad de Operaciones Especiales de la Inteligencia Militar israelí y es licenciado en Estudios de Oriente Próximo por la Universidad Hebrea de Jerusalén. El idioma que Magal hablaba es lo que Yonatan Mendel llama «Árabe israelí». El libro de Mendel, basado en su tesis doctoral defendida en Cambridge, nos ofrece un estudio detallado de las intenciones de sus custodios y de sus métodos pedagógicos. Mendel es un académico israelí probablemente más conocido fuera de su tierra natal por sus reveladores retratos de esta en la *London Review of Books*; también ha publicado en la *NLR* un sorprendente estudio de la ciudad de Jerusalén. Para *The Creation of Israeli Arabic*, Mendel ha utilizado los archivos del Ministerio de Defensa, del Ministerio de Educación, de la oficina del Primer Ministro del gobierno israelí, de las Fuerzas de Defensa Israelíes y de dos universidades que imparten clases en árabe, destacando en el proceso algunas auténticas joyas.

Mendel comienza con una revisión de largo alcance de las relaciones del pueblo judío con el idioma árabe. Aunque pocos judíos nacidos en Israel hoy son capaces de hablarlo, durante siglos el árabe fue el idioma de las comunidades judías que vivían en torno al Mediterráneo y, de hecho, gran parte de la tradición académica judía se produjo en árabe medieval: el caso más destacado son los escritos de Maimónides. El árabe era, por supuesto, el idioma predominantemente hablado en la Palestina otomana, de la cual formaban parte las comunidades judías, y el pequeño número de judíos religiosos del este de Europa, que se fueron a vivir allí antes del auge del sionismo padeció económicamente en cierta medida las consecuencias de no saber árabe. Ellos produjeron el primer diccionario yidis/árabe en 1839.

Desde finales del siglo XIX, las organizaciones de la inmigración sionista en Palestina recalcaron la importancia de aprender el idioma de la mayoría: un criterio para ingresar como miembro en la escuadra de defensa sionista Hashomer incluía destreza en «armas, caballos, árabe». Una corriente del movimiento para la recuperación del hebreo se basó, en gran medida, en la tarea de los intelectuales de la ilustración árabe, que acuñaron términos modernos (ferrocarril y semejantes) a partir del sistema de raíces árabe, considerándolo como un reservorio lexicográfico semita común. Por supuesto que ahí había un elemento de recontextualización esencialista: «Estas no son raíces extranjeras», argumentaba en 1912 el padre del hebreo moderno, Eli'ezer Ben-Yehuda, él mismo de origen lituano. «No son ni siquiera raíces árabes. Son nuestras raíces. Son las raíces que hemos perdido y que ahora volvemos a encontrar». El asunto dividió al movimiento: Nissin Malul, nacido en Túnez, opinaba que los judíos en Palestina deberían «consolidar nuestra identidad semítica y no difuminarla con la cultura europea». Otros lamentaban esa «levantinización»; es notorio que Herzl pensaba que el sionismo debía servir como la avanzada de la cultura europea, que se enfrenta a la «barbarie oriental». A partir de esta posición de partida, el árabe ya no era el idioma del vecino, sino el idioma del enemigo, y sólo debía hablarse para dar órdenes.

Mendel percibe la cristalización de este planteamiento más duro a partir de la revuelta árabe de 1936-1939, aplastada por los británicos, tras la aceleración de la emigración judío europea provocada por el auge del nazismo en Europa. En 1941, la Agencia Judía, el organismo cuasi estatal de la era del Mandato, nombró a Yisrael Ben-Zeev como supervisor del Departamento de Educación para la enseñanza del árabe en las escuelas sionistas, que seguían su propio currículo de acuerdo con el modelo europeo. Con el respaldo del servicio de inteligencia de la Agencia Judía, Ben-Zeev introdujo el árabe coloquial en el currículum, a expensas de las disciplinas literarias. En esto chocó en especial con el destacado académico, nacido en Damasco, Eliyahu Habuba, que enseñaba Estudios Árabigos en la prestigiosa escuela hebrea Reali de Haifa: los métodos de Habuba serían adecuados para una universidad europea, pero

los sionistas necesitaban el árabe para «necesidades prácticas específicas». El currículum diseñado por Ben-Zeev hacía énfasis en el vocabulario básico y en el aprendizaje memorístico de frases sencillas en árabe, de tal forma que los colonos-agricultores de los asentamientos pudieran hablar con sus vecinos. Aún así, con la fundación del Estado de Israel tras la apropiación militar de las tierras y la consabida limpieza étnica de 1948, estas «necesidades prácticas» disminuyeron, al disminuir los contactos cotidianos entre los dos pueblos. A partir de la década de 1950, los padres y estudiantes israelíes rechazaron las clases de árabe, que no eran obligatorias, considerando el árabe como un idioma de poco prestigio comparado con el inglés o el francés. Ben-Zeev también empezó a quejarse de la escasez de profesores de árabe, a pesar del hecho de que, gracias a las olas de inmigración árabe judía desde Iraq, Siria, Egipto, Yemen y Marruecos, a principios de la década de 1970 los judíos árabes constituían la mayoría de la población judía de Israel. Además de la enseñanza, la principal fuente de empleo de los israelíes instruidos y hablantes de árabe, era la inteligencia militar. En su mayor parte, por supuesto, se trataba de judíos árabes que habían traído su idioma consigo desde sus lugares natales. *The Creation of Israeli Arabic* cita un chiste de la década de 1960 sobre la Unidad 8200 de las Fuerzas de Defensa Israelíes, una patrulla de rastreo y escucha, formada por ocho judíos europeos y doscientos judíos iraquíes. Mendel cuenta en otro momento cómo a los judíos árabes, que trabajaban como agentes infiltrados, se les enseñaba a «comportarse como árabes» para extraer información o a «hacerse pasar» por árabes mientras extendían rumores alarmantes. Por lo tanto, la arabidad se hacía sentir como algo ajeno incluso para aquellos que eran, en realidad, árabes. Podrían haber ido sencillamente ir a tomar café a Jaffa pero, en lugar de ello, se les instruía para ir a tomar café a Jaffa *como un árabe*. Este extrañamiento tuvo consecuencias inesperadas. Al crecer en un país dominado por lo europeo, la segunda generación de árabes judíos (clasificados como *mizrajíes* (orientales) por las autoridades de inmigración sionistas, lucharon para demostrar su judeidad y su israelidad mediante su diferenciación de los palestinos. No adquirieron el árabe como lengua materna; al igual que los judíos europeos, lo consideraban un idioma extranjero, asociado con un estatus socioeconómico bajo. De esta manera, cuando la primera generación empezó a jubilarse de sus puestos en la Inteligencia Militar a finales de la década de 1960 y principios de la década de 1970, la escasez de hablantes de árabe en los departamentos más importantes se convirtió en un problema grave. (El proceso de desarabización ahora se ha completado: hoy el Babylonian Jewry Heritage Centre de Tel Aviv ofrece un curso de «judío iraquí oral» que las terceras y cuartas generaciones, asegurado ya su estatus israelí, pueden estudiar como parte de su «herencia híbrida» sin ni siquiera tener que mencionar esa palabra que empieza por «a»).

En el relato de Mendel, el segundo momento decisivo llega con la con-moción de la casi derrota de Israel en la Guerra de 1973, que se superó únicamente gracias al apoyo aéreo de la aviación estadounidense. Se atribuyó al fallo de los servicios de inteligencia el hecho de que las Fuerzas de Defensa Israelíes hubieran sido sorprendidas desprevenidas. Se obligó a dimitir a Golda Meir y a Moshe Dayan, su ministro de Defensa. La Comisión Agranat, creada para investigar la debacle (algunas de sus conclusiones aún son secretas), concluyó que la cúpula de las Fuerzas de Defensa Israelíes y los jefes de los servicios de inteligencia eran responsables y fue muy crítica, no solamente con los Servicios de Inteligencia Militar sino también con el Mossad y con el Departamento de Investigación del Ministerio de Asuntos Exteriores («La oficina egipcia la dirigía una mujer muy experimentada», confesó un alto funcionario del Departamento de Exteriores. «Pero las oficinas siria e iraquí las dirigía una persona que, hasta donde yo sé, no hablaba árabe»). El nuevo jefe de los Servicios de Inteligencia, Shlomo Gazit, nombrado en 1974, promovió un esfuerzo concertado para elevar el nivel de los reclutas hablantes de árabe. Dentro el Ministerio de Educación se instaló Telem, una «unidad para la promoción de los estudios orientales», que formaba parte de los Servicios de Inteligencia Militar, y se les pidió a los profesores de árabe que informaran sobre los alumnos más prometedores. Lapid, el general responsable de la Inteligencia Militar a cargo de Telem, insistía en que el país necesitaba cada año doscientos cincuenta hombres con un buen conocimiento del árabe, capaces de «entender en unos pocos segundos lo que dice el enemigo». Al mismo tiempo, se enfrentaron a la escasez de profesores de idiomas reclutando a mujeres que hicieron el servicio militar en un programa de soldados/profesores financiado por las Fuerzas de Defensa Israelíes: tras un curso intensivo de ocho meses, las jóvenes eran enviadas a enseñar árabe en las escuelas como parte del proceso de «securización» del sistema educativo. Para Mendel, lo más importante de estas iniciativas es que venían envueltas en una ideología oficial de «seguridad y búsqueda de la paz». Gazit lo dijo explícitamente en un prefacio escrito en 1976 al nuevo libro de texto, *Colloquial Eretz-Yisraeli Arabic*: el idioma no solo sería una «herramienta» para espías e interrogadores, sino que «colocaría los cimientos de la paz», mediante el «diálogo y la discusión» más amplias posible.

La tesis principal de Mendel es que este eje militar-educativo, que aún está vigente, no se planteó fundamentalmente con la finalidad de «buscar la paz», sino según objetivos de seguridad, creando un método de enseñanza del idioma árabe diseñado para alienar a los estudiantes palestinos bajo dominio de Israel y al resto de los habitantes del Oriente Próximo árabe y, por lo tanto, para alejarlos también de cualquier concepto de la paz que pueda estar basado en la igualdad, los derechos, el respeto y la integración. Respalda esta afirmación con análisis detallados de informes archivados

y de la correspondencia entre los actores clave de la iniciativa, sustentados con las estadísticas correspondientes de los estudiantes hablantes de árabe que fueron reclutados directamente por las unidades de Inteligencia Militar. Mendel escudriña con atención las puertas permanentemente giratorias entre las Fuerzas de Defensa Israelíes, la Oficina del Primer Ministro y el Ministerio de Educación y enlaza este trabajo de archivo en un relato cronológico, que se inicia en los comienzos del asentamiento sionista en Palestina, para regresar regularmente al tema de la necesidad que tenían los militares de más hablantes de árabe procedentes de los colegios y la que tenían las autoridades educativas de más financiación procedente de estos, constatando que ambos actores sufrían la ausencia de popularidad del árabe entre los niños israelíes, sus padres y sus profesores, por la baja estima alimentada por la propia «segurización» del árabe israelí, ya que prácticamente nadie que a los doce años tenga ambiciones lingüísticas decide deliberadamente meterse en el turbio mundo de los pinchazos telefónicos, la vigilancia por radio y el interrogatorio de presos.

Los palestinos no podían, por definición, formar parte del eje militar-educativo de los estudios árabes, puesto que eran el «objeto» del proyecto securitario. Mendel proporciona una fantástica imagen de esta paradoja mediante el relato de la visita realizada en la década de 1969, de un grupo de estudiantes de «estudios orientales» a Nazaret, una ciudad palestina bajo administración militar israelí, con el propósito de «aprender sobre los árabes». Se les instaló en una base del ejército y se les dio una lista de reglas de comportamiento redactadas por la Oficina del Primer Ministro, incluyendo instrucciones como vestirse con pulcritud, evitar expresar opiniones políticas sobre «el problema de la minoría en el país» y rechazar ofrecimientos de comida o regalos. El periodista palestino Atallah Mansour se encontró con el grupo y uno de los chicos le enseñó la lista de reglas. Mansour, espontáneamente, les leyó en alto las trece reglas en hebreo y les preguntó a los chicos qué pensaban de ellas. Uno respondió: «A partir de estas reglas entendemos que nos encontramos en un ambiente hostil». Y, aún así, como señaló Mansour, cientos de turistas visitan Nazaret cada día y nadie los hostiga ni ataca: «¿Es la intención de los estudios árabes en Israel intimidar a sus alumnos con el fin de impedir que entren en contacto con los árabes?».

Aunque se les excluyera de las tareas de análisis de señales, muchos palestinos, por supuesto, han trabajado para la Inteligencia Militar israelí de otras maneras, como detalló Hillel Cohen en *Good Arabs* (2006). Pero los informantes árabes requerían supervisores israelíes y así se perpetuó la necesidad de nuevas remesas de hombres israelíes judíos, que encajaran con los estereotipos de género y raciales de la inteligencia militar y, preferiblemente, que «carecieran de sentimientos» y que pudieran aprender árabe sin hacer amistad con gente como Mansour. (Mendel revela que una

de las quejas de los reclutadores era que no había suficientes varones, pero sí demasiadas mujeres, que estudiaran árabe para cubrir las necesidades de la inteligencia militar y que no siempre podía impedirse que las «chicas» establecieran «relaciones emocionales» con los palestinos). El producto principal de los estudios arabo-israelíes fue, pues, «forraje» para los servicios de seguridad. Los libros de texto están escritos por «antiguos soldados de Inteligencia Militar para uso de los futuros soldados de Inteligencia Militar», con ejemplos gramaticales como «No detengas a esa mujer», «La policía no sabe qué exigen los tres secuestradores» o «Hemos detenido a su suegro». Mendel argumenta que la instrumentalización de los estudios árabes se ha banalizado tanto que los estudiantes israelíes ya no perciben que el currículo se ha manipulado con fines de «seguridad», que este excluya cualquier exploración intelectual o cultural del idioma, o que los hablantes nativos estén ausentes del aula. El resultado de este «currículum oculto» es un árabe israelí que crea distancia más que comprensión, que valora las habilidades pasivas, como la lectura o la comprensión oral, frente a las de la escritura o la producción oral. En el resumen que hace Mendel, es un «idioma silencioso que escucha desde lejos, inspeccionando el mundo árabe a través de los prismáticos».

El rastreo que hace Mendel de los archivos demuestra sin lugar a dudas su tesis de que los estudios árabes en Israel no están impulsado por la «búsqueda de la paz», sino por intereses de seguridad. ¿Cómo, de manera más general, hay que evaluar este libro? Un punto débil es la ausencia de cualquier dimensión comparativa sostenida, un aspecto importante en la actual eclosión de estudios sobre el colonialismo de asentamiento. La política lingüística pocas veces está ausente de las situaciones de conquista y ocupación y su conocimiento ha permeado, desde hace mucho tiempo, las instituciones: la School of Oriental and African Studies se fundó para formar a los funcionarios del Imperio Británico, entre otros ejemplos. Se dice que cuando Nixon propuso cerrar los programas de Estudios de Área en las universidades de Estados Unidos, dada la implicación de los estudiantes de ciencias sociales en las protestas contra la Guerra de Vietnam, la CIA respondió que era probable que el 98 por 100 de los graduados en Estudios de Área abrazaran opiniones antibélicas, pero que un indispensable 2 por 100 acudían a trabajar para «nosotros» y que, para conservar eso, los programas debían conservarse también. *Science of Coercion* (Christopher Simpson, 1994) y el ensayo de Bruce Cummings, «Boundary Displacement» (1997) fueron los primeros estudios sobre la colaboración durante la Guerra Fría entre los departamentos de las universidades estadounidenses y las operaciones de inteligencia del país. Y eso fue antes de que nos enteráramos de la participación de miembros de la American Psychological Association en las operaciones de tortura en Guantánamo.

El retrato que pinta Mendel añadiría algunas especificidades israelíes a este desolado paisaje. Dada su localización militarizada (no integrada) dentro de Oriente Próximo y el sometimiento de los palestinos y otros árabes a su control directo, es más que probable que el 98 por 100 de los estudiantes de árabe judío-israelíes acabe trabajando para el Estado y su esfera militar, mientras que como mucho el 2 por 100 acabará abrazando posiciones antibélicas. El estadounidense Center for Advanced Study of Language, de la Universidad de Maryland —«el primer y único dispositivo nacional dedicado a responder a las necesidades en cuestión de idiomas de la comunidad de los servicios de inteligencia»— debe estar verde de envidia. (En un gesto que se agradece hacia el autoposicionamiento consciente y la transparencia académica, en el prefacio de su libro Mendel reconoce que él mismo es parte de ese 2 por 100, habiendo perfeccionado su árabe como soldado condecorado en la armada israelí, antes de renunciar a su puesto militar en la reserva en los Territorios Ocupados). Otro rasgo específico de Israel, en esta historia de corrupción del conocimiento por el poder, es lo pronto que comienza el proceso. En las escuelas de primaria de los países del Pacto de Varsovia se enseñaba el ruso en calidad del idioma de la gran literatura; en Israel se da por sentada la afirmación de que aquellos niños que eligen estudiar árabe lo hacen con la vista puesta en su empleo militar. *The Creation of Israeli Arabic* se merece un lugar en la estantería junto a *Palestine in Israeli School Book: Ideology and Propaganda in Education* (2012), de Nurit Peled-Elhanan, por las pistas que proporciona sobre el papel del sistema educativo a la hora de convertir la vida ciudadana y civil israelí en un asunto de seguridad que no se cuestiona.

Aunque invoca la idea del «campo de fuerzas» de Bourdieu y el «sentido común» ideológico de Gramsci, Mendel subraya desde el principio que su planteamiento es fundamentalmente empírico. Tal vez el mayor regalo que nos hace este libro es que sitúa traducciones valiosas de material de archivo en un contexto histórico amplio, al tiempo que presta una atención inteligente a los detalles: formas de encabezamientos de cartas y direcciones, así como eufemismos para la ocupación militar y el asentamiento civil en las tierras palestinas. Aún así, es una oportunidad perdida no haber enmarcado estos hallazgos empíricos dentro de una historia más amplia de las ideologías. Lo que Mendel equívocamente denomina un «tipo» de árabe (árabe israelí) es algo más que un método de enseñanza que privilegia la comprensión de un idioma (para poder espiar las actividades árabes) sobre la producción de lenguaje (para interactuar con los hablantes árabes). La creación del «árabe israelí» es una ideología, en el sentido althusseriano de ligazón de la experiencia y el pensamiento, y es necesario entenderla en articulación con otras prácticas sociales, como la construcción de la institución sionista en la Palestina colonizada, que Mendel sí comenta, y el reclutamiento obligatorio del Ejército a la edad de 18 años para la mayoría de los

judíos israelíes. Lo que prácticamente se pierde, no obstante, es el proyecto educativo de la construcción de una nación que identifica un idioma con un pueblo, en esa tierra nueva.

Mendel alude a la «decisión sionista de pujar por el monolingüismo hebreo» y, de pasada, a las actitudes negativas hacia el multilingüismo. Pero esto es insuficiente, si queremos entender el impacto de las ideologías del lenguaje en la securización de los Estudios Árabes. En 1949, un funcionario del Ministerio de Educación puso reparos a que se diera espacio al árabe en el currículum, afirmando:

Si lo que queremos tener en cuenta es que somos vecinos de los árabes, entonces deberíamos poner más énfasis en el deporte y los ejercicios físicos. Siempre seremos menos que ellos. Y siempre necesitaremos estar en guardia, así que no podremos dedicarle mucho tiempo al estudio [...]. En su lugar, son ellos quienes deberían adaptarse a nosotros y aprender hebreo. Debemos librarnos de la inferioridad de la diáspora.

La señal de la «inferioridad de la diáspora» aquí es el multilingüismo. La paradoja es que Moshe Dafna, el funcionario que pronunció esta declaración arquetípicamente nacional-monolingüista, había nacido en lo que hoy es Ucrania, estudiado en Jerusalén y dominaba al menos tres idiomas. De hecho, el multilingüismo era una cualidad compartida por una muy amplia mayoría de los judíos europeos, que integraron las primeras instituciones sionistas. Sus habilidades idiomáticas les permitieron estudiar e integrarse en la diplomacia de diversas instituciones de Europa y del Imperio Otomano y les facilitó el aprendizaje de un idioma más: el hebreo moderno, en su versión israelí. Pero, en lugar de apreciar su propio multilingüismo, lo que muchos quisieron lograr fue esa ecuación, simultáneamente potente y restrictiva, desarrollada por los proyectos que llevaron a la construcción de las naciones de Europa Occidental: la ecuación de una nación con un solo idioma. El resto del mundo, donde un multilingüismo estable es habitualmente la norma, ha tenido que aguantar las consecuencias. (E, incluso en Europa, el proyecto sigue incompleto, a pesar de las estrictas políticas de estandarización lingüística).

Siguiendo la lógica de lo que Aziza Khazzoom ha llamado «la gran cadena del orientalismo», encontramos aquí un aspecto que es realmente específico de Israel. Los judíos de Europa se encontraron entre los primeros sujetos del orientalismo, «orientales» en medio de Europa, y su multilingüismo formaba parte de esa supuesta «inferioridad» oriental. La motivación del sionismo fue rectificar ese desaire, demostrar que los judíos no eran «orientales» o que, al menos, no lo eran tanto como aquellos que procedían del Oriente verdaderamente oriental, de ahí la cadena, o la cascada. Para insertar esa distancia entre los judíos europeos y los más «orientales», las estructuras de las instituciones educativas europeas, que constituían la otredad

de lo «oriental» (aquí entendido como árabe) tenían que ser replicadas por parte de las instituciones sionistas. Y, para demostrar que eran una nación «como cualquier otra» —refiriéndose a las que no estaban corrompidas por la «orientalidad»— la «nación» debía moldearse por la ecuación monolingüe.

Mendel parece olvidar que, al comienzo del Mandato palestino, el hebreo moderno era, en realidad, un idioma nuevo para muchos alumnos de las escuelas judías, quienes era mucho más probable que en casa hablaran principalmente ruso, alemán, yidis o polaco. Indica que el árabe se convirtió en su «segundo idioma extranjero» pero, desde el punto de vista de los alumnos, habría sido el tercero, después del idioma «extranjero» que era el hebreo, que aprendían por inmersión institucional, y después del inglés. El despiste revela el éxito de la ideología que otorgó al hebreo moderno el estatus del idioma monolingüe de la nación, supuestamente no «extranjero» para esos nativos de las lenguas eslavas o germánicas. Paradójicamente, la ideología del monolingüismo también ayuda a explicar la decisión de mantener el árabe como uno de los dos idiomas oficiales del recién establecido Estado, mientras la Nakba provocaba la expulsión en masa y a la fuerza de los hablantes de dicha lengua. Bajo el Mandato, se instituyeron tres idiomas oficiales: el inglés, el árabe y el hebreo; el Estado de Israel modificó la ley para quitar el inglés de la terna, pero el árabe permaneció. Aun así su estatus como lengua oficial es sólo una «anomalía», como indica Mendel, si se esconde la ecuación «una nación, una lengua». No siendo judíos, los palestinos y el resto de los árabes —los que permanecen dentro de las fronteras del Estado, a pesar de la Nakba— no pueden ser parte de la única nación de habla hebrea y, por lo tanto, para poderlos dejar fuera de esa «única nación», tienen que ser expulsados del «único idioma», por lo que se instituyó otro idioma para ellos. Claramente esta no era una postura liberal, como el reconocimiento oficial de los idiomas minoritarios es a veces indicio, porque los judíos árabes no podían sencillamente conservar *su* árabe nativo: eran parte de la única nación, al ser judíos, así que tenían que conformarse con el único idioma, el hebreo. Según la lógica de esta ecuación sobredeterminada, si todo el mundo tiene el mismo lenguaje único, oficialmente, todos serían una misma y única nación, oficialmente, y esto tenía implicaciones radicales para la igualdad en términos de ciudadanía que era, y continúa siendo, inaceptable para las instituciones israelíes.

El propio Mendel, como todo el mundo, defiende una particular ideología del lenguaje, que deja clara a lo largo del texto. Mide el fracaso de la instrucción en idioma árabe en Israel no sólo contrastándola con sus propias intenciones, sino también con un ideal explicitado (en árabe) en la dedicatoria de su libro: «A los amantes de las lenguas y su espíritu». En otra parte, describe ese espíritu como «el valor cultural, educativo y humano inherente» a aprender árabe, entendido como una llave para «penetrar y abrazar la vida

intelectual y civil de la mayoría de la gente de Oriente Próximo». Su emotivo relato inicial sobre la producción científica y de alta cultura de los judíos en la Andalucía árabe –reminiscente de los tópicos nacionalistas panarabistas que se remontan a los mismos días gloriosos– pretende demostrar que la participación integrada de los judíos en Oriente Próximo no es una imposibilidad. Pero la consecución de esa comunidad integrada y multilingüe con la que sueña Mendel, bajo una constelación diferente de poder e ideología, probablemente albergará ideas sobre los usos del lenguaje enraizadas en la experiencia y la materialidad en vez de afectuosas referencias a Maimónides. Dicho esto, en el mundo actual de la enseñanza del idioma árabe, que opera bajo las condiciones de un persistente orientalismo en sus estructuras, de una subrepticia segurización en sus fines y de una herencia educativa que mira hacia dentro en cuanto a sus resultados, el espíritu que anima *The Creation of Israeli Arabic* supone un cambio refrescante.